

Laureano Gómez. Obras selectas 1909-1956.  
Bogotá: Imprenta Nacional, 1982.

**El siguiente editorial no requiere de presentación alguna.**

(Tomado de El Siglo del 1º de marzo de 1942).

### REEDUCACION DE LA HOMBRIA

Las grandes crisis son propicias para descubrir los puntos débiles en la estructura de un país; y ésta que ahora estamos atravesando, compleja crisis de hombres, de valores morales, de ideales políticos, pone de presente que es una necesidad nacional emprender la reeducación de la hombría.

La gente colombiana se ha ido desvirilizando. Observemos desde un buen mirador, que puede ser uno cualquiera de los grandes centros de población, el paso del torrente humano, y nos saltarán a la vista pruebas de este hecho monstruoso. Constatado éste, queda en evidencia que es urgente modificarlo. En primer término desfila el grupo de aquellas gentes dóciles, cañuelas sin raigambre poderosa ni fibra resistente, que cualquiera dobla y que a diario varían de postura tantas veces cuantas cambia la dirección del viento. Tienen su personificación en el Polonio de Shakespeare.

— Ved esa nube, su forma es casi la de un camello, dice Hamlet a Polonio.

— En efecto, es un verdadero camello, responde el cortesano.

— De hecho, es más bien una comadreja, observa Hamlet.

— Sí, el parecido es sorprendente, replica Polonio, no menos convencido que cuando vio el camello.

Pasa luego la turba de los prosternados. En sus ojos se ha extinguido el fuego, quién sabe si desde temprana edad. En sus corazones han muerto todo ímpetu y toda fe. Sus almas listas a todas las abdicaciones y a todos los abandonos. Aunque no sufran corporalmente, aunque sus rostros no estén marchitos, aunque cuiden del atuendo, hacen pensar en un montón de despojos humanos, arrojados a cualquier playa inhospitalaria por algún naufragio. Allí donde debería haber actividad, sienta sus reales la indolencia; el lugar del método lo ocupa la fantasía vagabunda; la disciplina queda reemplazada por la agitación y el desorden; a la sobria obstinación la sustituye la pasivi-

dad. Un día cayeron de rodillas ante un ídolo o un fantasma, y de rodillas se han quedado, sin que nada los haga levantarse y marchar.

Otra agrupación, no menos numerosa ni miseranda, es la de esos que dondequiera que se encaminen van con andar temeroso, como si olfatearan por todas partes el precipicio y la acechanza. Muestran en todos los actos de su vida ese ademán de fuga y ese zigzaguear perdido que son propios del perro errante. No tienen confianza en sí mismos, ni en sus semejantes, ni en Dios. Menudean las manifestaciones de ese desaliento previo que se manifiesta en forma de quejumbrosidad y ese anhelo de ser compadecidos, que obtiene por respuesta el desdén. Lamentos y sucias indisciplinas son su característica.

Desfila luego esa muchedumbre de mozos y viejos vividores y desaprensivos que constituyen el ejército de las empresas laicistas. Ya son exaltados cerebrales que reencarnan a los antiguos jacobinos; ya profesionales del **rem facias, rem**, que en el afán de medrar, aunque sea fugazmente, lo queman todo y todo lo pisotean. Aunque alardean de estudiosos, de sabedores y aun de artistas, son en realidad misólogos, odian la cultura y todo aquello que trasciende la materialidad inmediata de la vida. Son los que se empeñan en que el laicismo reine en el Estado, forzándolo a olvidar a Dios; en que inspire y tiranice la instrucción pública; en que impregne las opiniones de la muchedumbre; en abatir las potencias del espíritu y entronizar la buena vida natural.

Detrás viene el grupo de los que no conocen ni de oídas la medida y la circunscripción; que derrochan para todo un **sans gene** provocador y soplan en todas direcciones tufaradas de soberbia suficiencia. Tienen su parecido con esos hombres brutalmente erguidos contra todo lo humano y lo divino que se ven en los grabados y en las películas de inspiración soviética. Son el producto temprano de la infiltración comunista; son los que anuncian aquí el advenimiento de la era, instaurada en las estepas moscovitas, de los grandes animales exentos de delicadeza y de respeto, llenos de desafío, sin piedad y sin sueños, sin profundos recuerdos ni grandes esperanzas.

Si diéramos crédito a la algarabía de las propagandas de izquierda, llegaríamos a pensar que los sistemas de educación hoy en boga, van a producir un alto tipo humano en Colombia. ¡Guardémonos de ese engaño! Hombres hendidos, confusos, desequilibrados como los que desde los institutos oficiales se empeñan en moldear la juventud colombiana, no pueden formar sino seres indecisos, moralmente flacos, a lo sumo cínicos. Precisamente es el progresivo aumento de éstos, tanto más rápido cuanto más hacia atrás se echa la educación humanística, lo que nos pone hielo en el corazón y con apremios de angustia, nos hace sentir la urgencia de la reeducación de la hombría.

“Este país necesita una generación de machos”, dijo alguna vez el General Ospina. Jamás fue más exacta esta frase que a la hora presente.